

Raymundo Mier \*

## Derroteros del análisis

### I. CERTEZA Y DESVIRTUACIÓN

NUESTRA CULTURA ha atribuido prestigios ambiguos al análisis: el del desencanto y el de la devoción, el de la extrañeza y el de la proximidad, el de la esterilidad y el del augurio. Análisis periodísticos, noticiosos, presencia en todas partes de analistas internacionales, gubernamentales, análisis de la cultura y del espectáculo, del fútbol o de los estremecimientos culinarios. Los objetos de una pasión "analítica" se multiplican desde el mismo vértigo que los discursos que los interpretan. Nada escapa al renombre del análisis: se analizan igualmente Sófoeles o la ropa interior, los planes financieros o las nuevas exégesis religiosas. Esta proliferación del análisis encubre, sin embargo, un deslizamiento inquietante: una resonancia paradójica. El análisis se muestra como recurso de la indiferencia. *El desenfado del análisis, su permeabilidad, ha sumido en el silencio al acto analítico, a la primacía de las operaciones analíticas.* En este desbordamiento, toda paráfrasis, toda invención verbal orientada declaradamente hacia un objeto, hacia un universo específico, todo lo docible adquiere la aparente nitidez del análisis. Pero no es todo. Hemos

\* Profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana-Aguascalientes, en el área de semiótica y filosofía del lenguaje, y profesor en las áreas de lingüística e etnología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

incitado una vaga identificación de ese análisis con el saber, una alianza que funde una mera exacerbación de los signos con la iluminación, la facundia con el abismamiento del sentido, hemos alimentado la celebración de la glosa, entronizamos estos gestos como equivalencias legítimas del análisis, y ese análisis a su vez como una evidencia de saber. La pasión analítica se desmenuza, abandona su impulso de engendrar diferencias, propio del *acto analítico*, y de constituir su fuerza de propagación, su potencia errante, su figuración creadora.

Esta indiferencia del análisis hoy convoca también pasiones contradictorias: las pasiones del tiempo. La experiencia del tiempo se disipa con la precipitación de las interpretaciones. El desdén por la demora que impone el análisis, su deserción, la proliferación de las paráfrasis que borra la significación al sumir todo nuevo desdoblamiento de los signos en una virtual confirmación de su multiplicación anticipada, deseada incluso. Hay una degradación de la demora, una devoción a la impaciencia. No se trata sólo de esa precipitación evidente de nuestras sociedades arrastradas por los amagos de una plenitud informática. Un arraigo más íntimo de la impaciencia alimenta las hipótesis del análisis y su degradación, su tristeza.<sup>1</sup> Con la degradación de la perseverancia se ha degradado también la potencia del movimiento, la percepción íntima y conmovedora del cambio.

No obstante, esa explosión de la paráfrasis, ese desdoblamiento de las asociaciones convencionales, ha abatido incluso el placer del lenguaje gratuito, de la inutilidad de los signos. Toda interpretación, toda hipótesis de un gesto analítico se despliega como un instrumento, como un *recurso*, una garantía de utilidad.

<sup>1</sup> Dicho solamente aquí, la función optimizadora de estos gestos, como un desdoblamiento de la perseverancia, un desarrollo de la duración. Cfr. el fascinante análisis de E. Kammisky: *Analizar la política de los poderes*, Buenos Aires, Colina, 1990.

## 2. JORDÓN DE ESPEJOS: ANÁLISIS Y RETERCIÓN

La tradición se ha sorprendido quizá inútilmente en una figura perturbadora: los enunciados llamados "analíticos". Un infinito espejo lógico, el despliegue de una simetría apenas aberrante: sujeto y predicado se convierten en imágenes capturadas bajo la fuerza atrayente de la cópula. La proposición, *el triángulo es una figura con tres ángulos*, más que una información parece conllevar un padecimiento del lenguaje, una pesadez. Espejo o circularidad, repetición o desdoblamiento, despliegue de una capacidad de gratuidad del lenguaje, el enunciado analítico ha convocado no sólo la sorpresa sino también el desdén. Es una formulación inútil, un desecho del conocimiento, un girón autorreferencial del lenguaje, un sentido clausurado en sí mismo.

No obstante, la proposición analítica jamás se clausura, no termina en sí misma: no es una repetición, sino un acto, un acontecimiento. *Enunciar* una proposición analítica tiene un sentido que la propia proposición jamás incluye en una esfera cerrada: señala una ironía, acentúa una limitación del entendimiento, repara la vacuidad de un vocablo ante un gesto de desengaño, enturbia con una abundancia irrelevante un enunciado virtualmente nítido, hace de la expansión de una significación análoga una hipóbole, erige una pedagogía irreverente o desconsolada, inscribe en el texto una demora: detiene la precipitación del lenguaje, le confiere una circularidad que es también una calma.

Las vicisitudes del análisis se confunden con las de otras nociones: la definición, los universales, la contingencia. Análisis y definición parecen desplazar incluso la encrucijada que separa universalidad y particularidad, lo global y lo local. Cuando la definición se detiene en la irrupción de lo singular suscita una resonancia irredudible; lo singular definible se funde con una generalidad virtual. La condición de virtualidad es la condición semántica que permite el paso de la definición de lo singular al orden de la generalidad. Para la propia

definición insinúa ya otra incoherencia de lo general: la irreparable comprensibilidad de las palabras, su carácter clasificatorio, sus perfiles vagos, su elusión de la singularidad. No sólo la naturaleza misma de los vocablos rechaza la singularidad, el hábito del lenguaje fatiga la facultad perturbadora que ocasionalmente podría triunfar en el lenguaje para señalar lo que adviene. La singularidad se eclipsa así en todos los órdenes del lenguaje. El destino de la *definición* es entonces paradójico: su virtual generalidad, que tiene la gravedad de una ley imperativa sobre el lenguaje, la priva de la fuerza de la exactitud. El análisis se vuelve entonces sobre sí mismo, para desandarse. Este retorno sobre sí del lenguaje no es nunca un regreso: es una travesía tangencial. El lenguaje vuelve pero ha desfigurado sus orígenes. Esta desfiguración los hace irre recuperables. El lenguaje adquiere entonces una potencia negativa: la destrucción de su arraigo, de sus duraciones, le cierra el acceso a los objetos primordiales que le dieron origen: a las sensaciones que lo despertaron, a las exaltaciones, percepciones, luz, tacto. Sólo un roce impracticable, un velo de alusiones. La crítica es ese retorno desde lo tangencial: esa oblicuidad del lenguaje que es su única y más absoluta fidelidad a lo experimentado: su errancia. La crítica es el nombre de ese vuelco sobre el lenguaje frente a la extenuación de la exactitud, el desarraigo como gesto límite; afirmar la total vigencia de la ley y reclamar que en el pliegue del lenguaje sobre sí mismo se acoja a la singularidad. Esa tensión en apariencia paradójica que habita el lenguaje fue señalada ya hace tiempo por Barthes:

...ese mensaje puro que quisiera denotar simplemente lo que está dentro de mí, este mensaje es utópico; el lenguaje de los demás (¿y qué otro podría existir?) me lo devuelve no menos inmediatamente decorado, complicado con una infinitud de mensajes que yo no acepto. Mi palabra sólo puede salir de un lenguaje: esta verdad saussuriana resuena aquí mucho

más que en lingüística... quien quiera escribir con exactitud debe trasladarse a las fronteras del lenguaje.<sup>2</sup>

Esas fronteras del lenguaje no están en alguna virtual superficie que señala los bordes donde el lenguaje "colinda" con un no lenguaje. Esas fronteras se engendran internamente en los órdenes del lenguaje: en los pliegues. Ahí se conjuntan normas inquietantes de la palabra: la crítica, los giros retóricos, la redundancia, la ironía; la frase analítica, el apego a la materia inerte del lenguaje en el delirio, el acto de escritura o la mimesis del estilo, mimesis (Benjamin) de escritura en la palabra oral. La palabra oral reclama esta mimesis para hacer legible en su acto la voluntad analítica.

La "mimesis de escritura" revela un *retorno* del gesto mimético del lenguaje sobre sí mismo. El acto de lenguaje oral se conforma entonces sobre ese *retorno* de la escritura. La sonoridad del lenguaje parece desplegarse con los ritmos, las exigencias, las violencias que estructuran el lenguaje visible, durable (escrito), ahí donde el lenguaje exhibe la huella de un cuerpo: el "estilo". Ahí donde la palabra oral *imita* la escritura despliega una nostalgia no sólo por la duración, sino por la oblicuidad de la escritura, por sus operaciones superfluas, por su retórica, por sus elaboraciones inútiles: eso que se ha denominado como "estilo". Pensamos en "mimesis del estilo", no para aludir a una tentación inmediata de la analogía como iluminación —el "demonio de la analogía" como la llamó Mallarmé—, sino más bien en el sentido en que Benjamin medita sobre la *facultad mimética*: como potencia definitiva de la facultad de creación que se yergue desde la génesis de una  *semejanza abstracta*. No un iconismo inmediato, sino un mimetismo escandaloso: un mimetismo indirecto, oblicuo, no de lo perceptible, no de la evidencia sustan-

<sup>2</sup> Roland Barthes, *Essais critiques* (Paris, 1964), pp. 13-14. Los énfasis son míos. R.M.

tiva de lo atestiguado, sino un mimetismo de la tensión silenciosa, íntima, propia de aquello que convocó el impulso mimético. Esa *oblicuidad* de la semejanza abstracta es ya por sí misma un abandono del punto de partida, del objeto "imitado", es una divergencia irreparable para todo afán sintético: el objeto y su mimesis están separados irreductiblemente, señalan dos órdenes, dos gestos, dos fisonomías de la materia engendradora, dos actos que rehusan el mismo ámbito de clasificación.

La mimesis abstracta, marcada por esa extirpación del objeto al que imita, queda sometida a distintas tentaciones: abandonar la artificialidad que le es propia para reencontrarse en analogía, para confundirse con el simulacro. La operación analítica se distingue del simulacro en esa asimetría en la referencia a lo imitado, a lo analizado. Un alejamiento le impone un sentido adicional, parásito: la operación analítica es la mimesis más el sentido incierto de la descomposición del objeto, de su destrucción, de su transformación en constelaciones irregulares de sus objetos, en la multiplicación de sus dimensiones, en la revelación de un vigor íntimo del objeto, de la fuerza que lo conjunta. Estos objetos, estas dimensiones, esa fuerza articuladora "pertenecen" a la cosa analizada y sin embargo le son ya —a partir del análisis— completamente ajenos. La operación analítica ha creado estas diferencias y su extraña soberanía.

A pesar de su insistencia, la costumbre del análisis no nos ha persuadido de su necesidad, de su lazo esencial con el sentido. Sin embargo, el hábito del análisis, su proliferación, lo ha convertido en una réplica, un modelo, un trayecto que reclama la analogía con el objeto analizado. Advertimos un deslizamiento tenue, apenas ostensible que lleva de la representación oblicua, de la artificialidad de la composición de los signos, a la mimesis esceneta, al simulacro, entendido a la vez como triunfo de la analogía y como suplantación del objeto imitado. El simulacro es la vigencia de la réplica

y la destrucción o el olvido de la materia y el impulso que le dieron origen.

El análisis contemporáneo es la culminación y la crisis del simulacro. La operación analítica se relega: es un deslizamiento del análisis al simulacro. Ese deslizamiento revela una devastación del sentido del acto de creación estética original.

El simulacro analítico deja ver un punto crucial en nuestra cultura moderna: su alianza con las operaciones técnicas de reproducción. La producción en serie anula la singularidad del acto estético que en su origen estaba ligada a una fuerza ritual colectiva. Walter Benjamin ha podido caracterizar el acto técnico por su capacidad de multiplicar una materia única, el mensaje estético, disipando con esta repetición de la materia el aura del sentido ritual original de la producción estética. *La operación técnica es un engendramiento monótono de lo mismo, una materia que prolifera indiferente del acto, pero cuyo fin es la presentación de una materia idéntica a lo creado, un simulacro de creación, imitar el acto.* La mimesis abstracta, propia del acto analítico cede bajo la fuerza técnica del simulacro, se desarraiga del tiempo ritual que le confería su marea propia, que lo vinculaba originalmente a los impulsos colectivos, a la enunciación, para sumirse en la indiferencia de la repetición mecánica. La técnica es un hacer sin acto: una artificialidad privada de la imposición del cuerpo en la materia de creación, artificialidad sin arte. La imagen de *arte factus*, de una *manera de hacer*, de un "estilo", de una *maestría en la manufactura*, abandona su arraigo original y en el siglo XIX afirma plenamente lo equivoco de sus alusiones. El artefacto deja de ser el producto de un *arte del hacer*, para convertirse en una adherencia espectacular del hacer: el arte-facto se confunde con la artificialidad —que a su vez niega el orden de la raíz constructiva del artificio, su potencia de engendramiento de imágenes, y perturba sus contornos, violenta su historia. Y la artificialidad en una precipitación final se funde con el simulacro. Se ha borrado



con el tiempo la proximidad del acto y sus acentos estéticos, para fundar el sentido de la acción en un apego a la finalidad. La gratuidad, la ausencia de interés propia del acto estético (Kant) se vacía en el espectro de las exaltaciones del análisis y la confusión entre simulacro y verdad.

### 3. ANÁLISIS Y SÍNTESIS

Nuestra noción de análisis ha perdido la potencia de su circularidad, la gratuidad de su redundancia, ese último reducto de la exaltación analítica. Se confunde con un agolpamiento de juicios sintéticos. El drástico contraste entre análisis y síntesis se disipa hoy: los análisis periodísticos son ante todo apresuradas síntesis; el decaimiento de la demora ha proyectado a la figura sintética del discurso sobre una lectura en apariencia analítica.

A partir de Kant, la *asimetría* entre análisis y síntesis adquiere un asiento particular. El reconocimiento de esa asimetría no fue una invención inesperada: si lo fue un énfasis, una inflexión insospechada en el tono impuesto sobre la asimetría que, llevada a su límite, cierra el camino a toda apuesta de consistencia, a toda tentativa de reversibilidad. En un "principio" —parece proponer Kant— no hay objeto sino un abanico disperso y heterogéneo de sensaciones. Es un primer momento de síntesis de la conciencia lo que ha producido el objeto, su identidad. No obstante, la identidad no es absoluta: es una identidad conferida al objeto desde un sistema de categorías diferenciadas. La atribución de una categoría o una *serie* de categorías al objeto no puede darse sin un "movimiento analítico": una aprehensión *distintiva* del objeto presentado a partir de la percepción. Identidad y diferencia parecen comprometidos en una sucesión alternada de operaciones, sólo que esta alternancia carece de tiempos. *Serie*s de percepciones heterogéneas —la mirado, lo torado, lo escuchado— se

articulan a partir de una operación de síntesis en un objeto cuyo reconocimiento surge de una aplicación analítica de una serie de categorías propias. El espectro *serial* —habría de desprenderse de la reflexión kantiana— no es sin embargo lineal: una síntesis no precede a un análisis, ni éste es el punto de partida de una síntesis. En los *tiempos* de estas dos operaciones se aprecia una autonomía inhabitual. La síntesis no es incitada por el análisis: la disgregación no provoca un movimiento que conjure esa destrucción de la identidad. La síntesis no acoge en una inclusión abismal, para acallarlas, las tensiones negativas, las diferencias, la multiplicidad amenazante que surge del análisis. Cada serie: la sintética o analítica abre a su vez una posibilidad de circularidad, de reiteración, de bifurcación. El análisis y la síntesis se convierten en series análogas pero divergentes, cada una vuelve sobre sí misma hasta la fatiga o en ínfimos desplazamientos traza movimientos de una circularidad excéntrica, espirales inciertas, movimientos que se quiebran sin regularidad. El análisis también se ofrece a operaciones sintéticas innumerables. No hay síntesis privilegiada. El análisis hace irreconocible la materia original: no se retorna a una identidad primitiva, el análisis ha fijado un umbral, un orden de sentido, le ha inventado a esa materia unitaria, una *fragilidad*. Esa asimetría suscita una diferencia infranqueable, un gesto definitivo: la *Crítica de la Razón Pura* ha recobrado para el análisis una ruptura en la imagen *secuencial* de ambas operaciones, en su alternancia, en su aparición complementaria.

Esta ruptura no ha sido inocua. Ha abierto la posibilidad y ha ofrecido el fundamento para una autonomía de las series analíticas, de su proliferación. El análisis no requiere de un momento de síntesis. Ni siquiera la trivial dialectización que irrumpió durante décadas pudo revertir ese impulso. La articulación de ambas operaciones se ha vuelto indiferente: la síntesis aparece como un *momento* del análisis o como su vertiente inerte, incluso como un retorno de la expresión analítica.

El desdoblamiento analítico preserva intacta su fuerza autónoma. Las series analíticas aparecen como modalidad del saber, un saber que gravita sobre un universo cerrado de objetos. El análisis más que un desdoblamiento o un pliegue del lenguaje sobre esos objetos, es un retorno a ellos, una gravitación que cada nuevo enunciado desplaza un perfil anterior de aquel objeto por uno nuevo.

El análisis se ha convertido al mismo tiempo en retorno y proliferación, pero también en olvido. El análisis como saber retorna, afirma la legitimidad de la nueva descripción del objeto, propone o incluso se precipita en el mutismo. Desconoce lo analizado, lo niega o lo trasmuta. El objeto original se preserva sólo como evocación, reminiscencia. Se gesta un entrecimiento del acto de lenguaje: ese poblamiento de fragmentos, de reminiscencias y de restauraciones del objeto señala un ejercicio inaprehensible del lenguaje y de sus objetos. El análisis confiere una materia extravagante a sus imaginaciones, a sus residuos. Wittgenstein pregunta:

Supón que en lugar de decir a alguien: "Tráeme la escoba", le dijera: "Tráeme el palo y el cepillo que está encajado en él". ¿La respuesta a esto no sería: "lo que quieres es la escoba"? ¿Por qué lo expresas de manera tan rara?

—¿Va a entender mejor la oración más analizada? Esta oración, podría decirse, consigue lo mismo que la habitual, pero por un camino más sinuoso.<sup>3</sup>

El análisis desmiente los regímenes de escala: el todo o la parte pueden constituir objetos de ese retorno analítico. Pero cada parte, bajo el análisis, revela una fragmentación que alimenta los análisis ulteriores. El enunciado opaco de Wittgenstein puede alimentar una curiosidad no atenuantes: la pregunta por «el palo» o por «el cepillo», por las técnicas de su encajamiento.

<sup>3</sup> Ludwig Wittgenstein, *Philosophische Untersuchungen*, Frankfurt: Suhrkamp, 1967, p. 46.

to, por los lugares de la ensambladura... El análisis se precipita en una multiplicidad de objetos. Al construir con esta imaginación una extrañeza que enturbia hasta cierto punto su comprensibilidad, inventa así su enigma.

Esta invención de sus objetos alimenta la proliferación indefinida. Pero la proliferación del análisis no es sólo hacia la multiplicación de los fragmentos, sino la fragmentación de los puntos de vista. El análisis se vuelca contra la unidad de la mirada que lo fundamenta; revela las tensiones en esa mirada, reconoce en ella una exterioridad que la constituye. Sólo contemplamos desde ojos virtuales, nuestra mirada nos es *conferida* desde otros ojos, cada mirada propia aparece anticipada por un acto lejano, exterior, diferente que a su vez la confronta. La mirada es tanto punto de partida como efecto de otro mirar: tanto lugar de la subjetividad que analiza, como fenómeno, objeto. Y como objeto, perfil imaginado desde otra mirada. El sujeto se fragmenta con la disgregación de su mirada analítica.

#### 4. LA CREDIBILIDAD Y LA CREENCIA

Pero el acto de análisis tiene un objeto más. No sólo el objeto mismo y sus fragmentaciones, o bien la mirada y sus desdoblamientos. El análisis se orienta también a un destino menos reconocible: interroga las condiciones de posibilidad, los fundamentos, la historia. Restaura una narración sobre los orígenes, sobre las génesis, sobre la serie de causalidades. Ahí colinda con el mito, pero esa especulación sobre el tiempo, ese raptó narrativo de enumeración, de entramado de objetos, de modelación de las causalidades insinúa también la prefiguración de un destino. El análisis aspira al privilegio de aprehender los fundamentos, las determinaciones de un objeto. El análisis no se detiene simplemente en una exploración *interior* de los objetos. Produce una diversidad de ellos, hacia un reconocimiento de eso, *exterior*.

al objeto mismo del análisis, pero que define su única naturaleza. Eso que es ajeno al objeto, un fundamento que circunda el objeto, que no radica en su centro. Es —como señaló alguna vez Derrida— la tentativa de afirmar un centro que se encuentra en otro lado, ajeno a esa naturaleza de lo analizado, distante de él e irreducible a su presencia. El análisis no revela una profundidad, una conformación interior, no construye una visibilidad de lo que hay de secreto en el propio análisis, sino la narración de un origen conjetural de lo aprehensible.

Nos ocurre —escribe Wittgenstein— como si debiéramos escrutar el interior de los fenómenos: pero nuestra investigación no se dirige a los fenómenos, sino, podríamos decir, a las "posibilidades" de los fenómenos.<sup>4</sup>

A esta oscilación incierta entre lo interior y lo exterior, a esta tensión que señala la invención de la profundidad y el apego del análisis a sus periferias, la acompaña un fantasma: provocar la convicción, mover a la credibilidad. El análisis se compromete en la construcción de su propia verosimilitud. El solo despliegue de la multiplicidad de objetos, la invención de la historia o de las cadenas de determinaciones sería deleznable si no reclama una credibilidad y suscita en la imaginación de su acto otro acto correspondiente: la creencia. Surge con el análisis una exigencia que traza una zona de penumbra donde se confunden análisis y argumentación. En su clásico tratado sobre argumentación, Stephen Toulmin intenta una definición de los argumentos analíticos:

Clasificaremos un argumento como analítico si y sólo si satisface [este] criterio —esto es, si el examinar el respaldo de la garantía acarrea *ipso facto* el examen de la verdad o la falsedad de la conclusión— y hace-

mos esto ya sea en el caso de que un conocimiento completo del respaldo verificara de hecho la conclusión o la negara.<sup>5</sup>

Sobre dos términos gravita toda la fuerza de la propuesta de Toulmin: «respaldo» y «garantía». Evocan juicios éticos y actos de convicción. La presentación de la evidencia en términos de verdad se ve perturbada por la implicación de una condición de otro orden: la moral o el compromiso de una devoción. La evidencia clausura el análisis: es su punto de desembocadura, es el momento de extinción del análisis, el comienzo de su insignificancia. Pero su punto de llegada no es la verdad sino la serenidad. Ahí se detiene la argumentación: una verdad no creída no satisface a nadie por sí misma. El abandono de la argumentación se confunde con su límite ético y con la voluntad de fe. Pero en la propuesta de Toulmin, la argumentación analítica requiere de un *retorno* hacia las condiciones de toda conclusión argumental. Salir del argumento, encontrar el sustrato ético del movimiento argumentativo —ese «respaldo» de la «garantía»— como narración del «fundamento» del trayecto analítico. La argumentación es un trayecto entre dos momentos del reclamo moral. Su diferencia aparente frente a éstos enturbia los alcances del análisis pero también otras tensiones: las tensiones políticas y los fantasmas, las subjetividades que engendra y que convoca.

### 5. LAS CREDIBILIDADES DEL TIEMPO

#### a) Prospección y planificación: análisis y cálculo de la historia

El acto contemporáneo de narrar tiene un género áspero, Bano: la planificación. La planificación ejerce una fan-

<sup>5</sup> Stephen Toulmin, *The uses of argument*, Londres, Cambridge University Press, 1958, p. 131.

<sup>4</sup> Ludwig Wittgenstein, *loc. cit.*

tasia: confía en que la reflexión sobre el pasado prepara la eficacia de la acción venidera. Escenifica una creencia con el alcance pedagógico de los testimonios de lo pasado o de la convicción de que la meditación sobre la historia nos ofrece lecciones ejemplares. La planificación es en principio una invención memoriosa, pero se ha implantado como el fundamento de la acción política moderna. Es un género híbrido: fabulación sometida a la sintaxis espectacular de los formalismos matemáticos o estadísticos, promesa y conminación, es también un ejercicio de violencia normativa. De ahí su colindancia con el ejemplar, la pedagogía y la estrategia. Su fundación de una grotesca figura del augurio, de la utopía o la exaltación milenarista. Sólo que, como fundamento de esta desfiguración incluso cómica de la representación de lo que advendrá, puede reconocerse una densa "análisis del tiempo", la fuerza de un pensamiento que segmenta los tiempos, de una métrica de los lapsos, de una periodicidad, de una fidelidad a un dominio capaz de prescribir la acción que anticipa, conjura, perturbe el curso de los actos.

La consolidación de las precarias convicciones de la legitimidad de la pedagogía, la "pobreza del concepto de experiencia de la Ilustración" (Benjamin) que acrecentó las desfiguradas expectativas de progreso, y el creciente culto a la mirada "objetiva y sistemática" que lleva desde la inferencia sobre el pasado a la prescripción del futuro, la imagen de una "ciencia o conciencia de la historia", perfilan la eficacia de un concepto implícito proyectado sobre nuestras nociones de tiempo. Una noción revela la fuerza de esta analítica del tiempo que conforma nuestras convicciones sobre los alcances de una racionalidad de la acción: la concepción del error, entendido como una evaluación del fracaso retrospectivo de una acción recordada o reconstruida. Toda planificación lleva en sí los alcances de una épica de la clausura del deseo, de un lamento sobre los límites de la previsión, que es también la crónica de los límites de la fuerza analítica de la anticipación. El error

emerge, como un desbordamiento del análisis, por la irrupción del acontecimiento, un fracaso de la nitidez de un augurio.

Una "terapéutica" de la historia se yergue sobre esta imagen de error. De la narración de lo ocurrido parece insinuarse una revelación o un síntoma de alguna fuerza subterránea pero discernible capaz de ser contrarrestada: la planificación es esa conjugación de terapéutica y de exaltación de la posibilidad plena de conducir los resortes de la historia.

La mirada sobre el pasado se precipita al análisis: series paramétricas, proyecciones, correlaciones, análisis factorial, análisis de tendencias. El análisis se presenta como un instrumento para conjurar los perfiles fascinantes del acontecimiento. Volver la mirada hacia el pasado, recobrarla con la trama de espejismos numéricos, no amula otro efecto, inanalizable, de lo rememorado: la memoria es ajena a la proyección, su augurio es sólo una poética de lo fantasmático, del deseo.

La planificación vuelve una y otra vez, sin resguardos, sobre lo rememorado, funda sobre éste la predictibilidad del porvenir. Y sin embargo, en la memoria sólo hay enmascaramiento; lo que acontece no solamente es aquello que sobreviene, sino lo que inscribe en la indiferencia del tiempo una impureza: una condensación súbita de cuerpos, una perturbación del horizonte de vida, un abatimiento, una destrucción, es decir, un ritmo y una puntuación, es también aquello que inscribe en la experiencia individual del sujeto un enlace con las voces evocadas de los otros. Otras presencias eluden toda imagen narrativa; su silencio tiene un lugar cardinal, estructurante en la memoria, pero irreproducible. Cada evocación *acontece*. Hace del silencio una restauración de lo vívido. La memoria hace imposible resguardarse del acontecimiento. La evocación misma es un acontecimiento y la fascinación por el acontecimiento es también un hecho singular: cada evocación arrastra consigo los ecos y los silencios de una serie de figuras narrativas siempre oblicua, un trazo lateral que



ilumina, que arroja sobre las experiencias personales o colectivas un contorno incalculable, una oscilación de silencios.

No obstante, surge una «analítica» del tiempo: una lógica del registro, una métrica del acontecimiento. Cada vez más, la sistematización del pasado se pretende ajena a sus resonancias imaginarias.

La analítica contemporánea del tiempo no reconoce el instante de la voz, el «ahora», como la señal de un estremecimiento, de un punto donde la convicción se eclipsa, una fractura ínfima de la mirada carente de nombre. La planificación suplanta el «ahora» con un espectro de imágenes posibles: el «ahora» es saturado por una yuxtaposición de imágenes. La promesa no habla ya sobre el futuro, lo que habrá de hacerse, lo que habrá de ocurrir. La densidad de los análisis, su propagación sin restricciones, su saturación sofocan toda «experiencia» del ahora. El análisis como sofocación. Esta sofocación tiene una historia. Como lo ha señalado ya Foucault, en el texto que titula «¿Qué es la ilustración?»<sup>6</sup>, Kant se plantea con vehemencia la pregunta por la naturaleza de la actualidad. Esa pregunta trasluce una urgencia. La pregunta no emerge sólo de la ansiedad ante las exigencias de metamorfosis de una racionalidad, de la clausura de una época, de los vuelcos violentos de la certeza; no la provoca tampoco el conflicto ante las irresueltas interrogaciones sobre el tiempo, la contemporaneidad, los alcances de la mirada o la conciencia. Kant apunta la inquietud íntima ante la vigencia de los fines; el orden de los valores y lo que impulsa hacia su consecución; el siglo XVIII ante la monstruosidad fascinante de la revolución y su halo argumentativo, la escenificación del terror asentado sobre una pasión analítica. La analítica del tiempo es también la urgente afirmación de una teleología: la revolución es ya el abandono del «ahora», el inicio de la saturación del

tiempo en el marco de la promesa y la argumentación analítica. Es también el primer esbozo de un vínculo expreso: la analítica del tiempo y el régimen de la crueldad, los fundamentos analíticos de toda violencia.

## 6. TIEMPO Y TELEOLOGÍA

La reflexión sobre el orden teleológico provocó en el universo kantiano un espectro de ínfimos deslindes: no solamente una amenaza de vacuidad para el firme horizonte de la «analítica» sino una inquietud ante la posición de la teleología respecto del campo de la experiencia cognitiva, de su alcance práctico, de su conjugación con lo estético. El presente, cuando se nombra —se ha dicho ya en innumerables ocasiones—, enuncia una experiencia difusa, una zona donde se confunden evocación, resonancia de las presencias inmediatas, expectación, conjetura y una franja de apreciación de las duraciones cuyos límites surgen de un juego de estrategias inanalizable. El análisis se extingue en la plenitud del presente. Esta extinción no es una fatiga, sino la experiencia de un despojo, una dilatación inabarcable de los márgenes de lo narrable que se confunde apenas con el silencio. Dilatación de lo narrable y su identidad con el silencio, se advierte un cambio radical de la experiencia del tiempo en el umbral de la época moderna:

De la historia antigua a la nueva —escribe Jacques Douzelot—, lo que cambió fue pues la relación que establece el saber con el devenir. Ese cambio podría resumirse en una frase, cuando afirmamos que pasamos de un saber empeñado en descifrar el *énigma del acontecimiento* a un saber animado por la voluntad de penetrar el *secreto del cambio*.<sup>7</sup>

Esta transformación se suscita desde una nueva fiso-

<sup>6</sup> Immanuel Kant, *Schriften zur Anthropologie, Geschichtsphilosophie, Politik und Pädagogik*, J. Frankfurt, Suhrkamp, 1977, pp. 73-81.

<sup>7</sup> Jacques Douzelot, «Modernité et politique. Le temps du changement», en *Traverses*, núm. 33-34, Paris, Centre Georges Pompidou, 1985, p. 31.

nomía del análisis. La metamorfosis que señala Donzelot es determinante: el *desciframiento* ha sido una artesanía de la invención de sentido, un largo trayecto de edificación de un horizonte de claves; la progresión, la lentitud, la meticulosidad y la maestría del desciframiento contrastan con lo evanescente de su objeto: un resplandor, un encogecimiento; las tardanzas del desciframiento rehusan la mecánica abrupta de la penetración, de la revelación, del descubrimiento, otra hipótesis del acontecimiento, otra fulguración. Pero Donzelot apunta otra diferencia entre la exploración antigua del tiempo y nuestra analítica: el tiempo toma fisonomías distintas. Cuando la antigüedad ve en el acontecimiento un enigma, concibe su elucidación como un accidente, la exhibición de un don, una calidad que arroja súbitamente luz sobre esa sombra, para extinguirse con ella. El enigma se disipa con el acontecimiento, ambos tienen idéntico destino, sus duraciones son breves y están ineludiblemente vinculadas. Por el contrario, para la analítica moderna el cambio —entendido como una modalidad ontológica— se ofrece como un secreto que debe disiparse, pero una vez esclarecido confirma un saber, consolida una demostración: el secreto del cambio es una representación de la larga plenitud de los términos ínfimos, la imagen firme de lo perecedero, su agolpamiento en una trama tersa e imperturbable de lenguaje, la cima del análisis.

## 7. LA INCERTIDUMBRE

Desciframiento y penetración son también rostros antagónicos de incertidumbres inconcillables: la historia del enigma y la historia del secreto dejan conjeturar dos tramas distantes. Dos vertientes de la noción de evidencia. Wittgenstein advierte:

La incertidumbre no se refiere de ninguna manera a

un caso específico sino al método, a las reglas de la evidencia.<sup>8</sup>

El mito moderno de la planificación cierra la posibilidad de la incertidumbre: no hay "ansiedad" por el método, el triunfo de los métodos es la extinción del acto analítico. El análisis contemporáneo, la producción de certezas, construye una casuística, ha sustituido la reserva ante las trayectorias del pensamiento por la seguridad ante la experiencia del cambio. La incertidumbre interroga los alcances del acto analítico, es en sí el acto mismo; el análisis contemporáneo, con sus sólidas metodologías que nos confirman la excelencia de nuestra mirada, ha desplazado imperceptiblemente el motor de sus reservas: la incertidumbre se transforma en posibilidad, en repertorio de expectativas, en un despliegue fascinante de la figuración —hoy construimos escenarios del conflicto futuro—, trastrocamos la vacilación en "escenarios" esperados, atestiguamos la metamorfosis de la finitud del acto analítico en "elección de estrategias". La planificación ha convertido toda incertidumbre en afirmación de la probabilidad, el cálculo del azar, el análisis de lo intangible, la certeza sobre lo inanalizable.

No obstante, el régimen de la incertidumbre se preserva en ámbitos privados, en actos marginales, resurge una y otra vez en los intersticios de la certeza metodológica de "control del futuro". Wittgenstein advierte ciertas modalidades de la incertidumbre alentadas por formas del juicio, por modalidades del acto analítico:

Una forma de incertidumbre sería aquella que podemos experimentar al enfrentar un mecanismo desconocido. Otra provendría probablemente del recuerdo de un suceso de nuestra vida.<sup>9</sup>

Wittgenstein habla aquí de una vertiente intima de

<sup>8</sup> Ludwig Wittgenstein, *Reminders über die Philosophie der Sprache*, 2. Werkstätte, VII, Frankfurt, Suhrkamp, 1954, p. 333.

<sup>9</sup> Ludwig Wittgenstein, *Zettel*, México, UNAM, 1970, p. 109.

la incertidumbre: una incertidumbre anticipatoria despertada por una certeza todavía informe, una singularidad todavía vacía, una experiencia no figurable. Otra incertidumbre se vuelve hacia el pasado; hacia la evocación restaurada, hacia una representación evidente, innegable, pero que se muestra como islote, como irrupción, como una propagación de la inquietud a otras evocaciones. La incertidumbre sobre lo evidente, lo vivido, lo plenamente recordado tiene una calidad que no posee la que se enfrenta a lo desconocido, frente a lo que acontecerá: pone en duda la cohesión misma de la representación, los contornos de la propia identidad: desencadena un juego irreparable, un acto analítico cuyo desenlace es o bien la vacilación completa de la identidad, la propagación de la incertidumbre a los otros residuos de la evidencia pasada, o la clausura: la fusión de las representaciones, el olvido acarreado por la plenitud de lo evocado, por la congruencia de lo vivido, la instauración del régimen *demonstrativo* del análisis.

Hay todavía algo más, inquietante, en la negación contemporánea de la incertidumbre: *el simulacro de la potencia*. El análisis usurpa las dignidades de un fundamento, de la necesidad. Es una reflexión que precede a cualquier acción ponderada, eficaz. El simulacro de potencia que se desata con el análisis tiene que ver con la imaginación del tiempo: la potencia creada por nuestros análisis no es una virtualidad pura, una señal, un atributo simbólico, sino la posibilidad de un régimen de acción virtual, adecuado a la consecución de un fin. La articulación entre acción y finalidad, la correspondencia entre ellos, su justeza, reclaman una garantía: el análisis. La potencia surge de ese simulacro de fundamento apuntalado por el análisis.

a) *Los tiempos de la mirada: la imagen.  
El análisis como espectáculo*

Lo analítico, cerrado sobre sí mismo, aun sometido a su estructura mimética cumple una utopía que se pre-

serva aunque difícilmente advertible, apenas expresable: la figuración súbita de lo real. Figuración de lo real y confinamiento de los signos a una mimesis recíproca. En nuestra cultura la figuración de lo real ha tomado una materia privilegiada: la imagen. Pero no la imagen aislada, autónoma, simple anuncio de una imaginación alegórica, sino una imagen en simbiosis. La plenitud inmediata de la imagen se alia con el despliegue sintético del comentario. La información, la publicidad, la puntuación fragmentaria de los géneros narrativos en televisión, la presentación de noticias —pero también las computadoras, las enciclopedias, las galerías, los escaparates o las vidrieras. Esta simbiosis usurpa el nombre y la fuerza convincente del análisis. No obstante, esa simbiosis es también engañosa: las imágenes acrecientan con el tiempo su soberanía propia al sustentarse sobre convenciones y saberes ya hondamente impregnados en la percepción misma de los interlocutores. Ya sólo necesitan el silencio aquiescente de quien mira. Las imágenes han dejado de "ilustrar". Son por sí mismas análisis y argumentación, comportan su propia credibilidad, ofrecen sus propias garantías, ofrecen también un asombro suplementario; despliegan como argumento una composición de lo imprevisto: las imágenes sorprendentes. El régimen de imágenes contemporáneas sobresalta y se apaga, es perecedero: sus tiempos de decaimiento son cada vez más cortos. Es una fulguración destinada a acrecentar la indiferencia de la sucesión: las imágenes son todas análogas en su capacidad de repetición y de novedad. El comentario, por el contrario, es siempre secundario. Pero no con respecto a la imagen sino frente a la evocación de las convenciones comprometidas: reitera una certeza ya asumida firmemente por la imagen. Nada sin embargo se confunde en esa alianza: la duración de lo instantáneo, su violencia ejemplar, se distancia de la otra duración que se sustenta sobre la monotonía del comentario, su variación ínfima.

La indiferencia de las imágenes —lo analítico como

despliegue de la insinuación— se engendra desde dos polaridades extremas: la extraordinaria variedad de lo visible, de los instantes salvaguardados por el registro de las imágenes, y la insistencia recalcitrante de la textura analógica del comentario.

La presencia de las imágenes parece desvirtuar, incluso revocar, desmentir la potencia de toda operación analítica. El universo mirable ha admitido relieves que antes no tenía: la quietud de la mirada se perturba, se ha implantado en el ámbito de la percepción un contraste de estridencias. En el orden contemporáneo de la imagen se alteran los acentos de la mirada. El movimiento del lenguaje es entonces doble: se añade a la plenitud refractaria de la imagen para devolver un *giron* analítico.

El comentario comprende y vacía la fuerza de un acto analítico suplementario: la producción del detalle. El detalle surgido del acto analítico es una materia singular, un enrarecimiento de lo percibido, la materia de una extrañeza: un acento, una intensidad particular de lo mirado, un desafío a la identidad de lo percibido. Pero puede convertirse también en un recurso para arraigar el olvido de la imagen, una suplantación: el detalle no interroga la unidad de lo presentado, sino que lo eclipsa. Es lo que sobrevive al derrumbe de la percepción, lo que queda después del olvido, lo que apunta la certeza. Esta dualidad del detalle revela dos vertientes del análisis: el acto analítico como régimen de producción de singularidades y la fuerza integradora del análisis como régimen de producción de evidencias.

El análisis se conjunta con la experiencia, la percepción privilegiada, enfática de un detalle. Una nueva autonomía, el comentario, arranca el detalle de la imagen, le da vida por sí mismo, empuja la significación a un olvido de la imagen. Es una experiencia abismal de olvido. Al olvido del objeto sucede el olvido de la imagen y la presencia absoluta del detalle: es la hipótesis extrema de la potencia fragmentadora, aislante,

triste, de la fascinante iconicidad del análisis contemporáneo.

## 8. PASIONES TRISTES

La tristeza del análisis tiene un rostro habitual: la pasión por una *deixis*. La imagen contemporánea ha abandonado, paradójicamente, su iconicidad, incluso su fuerza alegórica. El "eso ha sido" que Barthes reconocía como núcleo invariante de la imagen, ha sido suplantado por el "eso es" de la imagen contemporánea: una mera señal, una materia que apunta a lo real como una exhibición, una prueba, una argumentación o una interiorización, una posesión de los hechos, una violenta penetración a la presencia. La *deixis* es multívoca: análisis, señal, argumento, demostración. La *deixis* contemporánea de la imagen ha renunciado a su vigor *monstrativo*, su cuota de enigma de todo gesto puro de señalamiento asume la vastedad de la demostración, su precipitación en la aspiración de verdad. La *deixis* de la imagen pretende recrear la minuciosidad del análisis: nuestras imágenes hacen de esa minuciosidad un asombro que reemplaza las fatigantes convicciones surgidas de una estricta operación analítica. Pero las imágenes son una acumulación de fragmentos: no un análisis sino una acumulación de vistas, de paisajes, de rostros fijos, una colección aventurada de rasgos obsesivamente calculables, una yuxtaposición de figuras, una adhesión a la espera de las analogías perceptibles. La imagen contemporánea, por su apresuramiento, se convierte en una suplantación del gesto corporal que apunta hacia un objeto; la imagen es un despojo de la relación casi táctil entre el cuerpo que muestra y el objeto señalado. El análisis —la evidencia— que emerge de la imagen es la mortandad del cuerpo que adopta el hábito de la visibilidad y el tedio de la sorpresa asumida como lógica dominante de la significación: la elocuencia del gesto. Una mortandad señala la gestualidad en la imagen. Lo inmediato de la imagen,



convertido en evidencia, es también un punto de extinción, una clausura, una instigación al abandono de toda *meditación* sobre lo visto, pero también una instigación a la renuncia de las conmociones duraderas de la *textura* de la experiencia, del lenguaje. La pasión por la *deixis* contemporánea despliega la convicción en la elocuencia demostrativa de la figura, del testimonio terminal de las imágenes. La pasión por la imagen y la presencia sin un cuerpo que la señale, la pasión por la evidencia rotunda y súbita de la plenitud aparente de la visibilidad incorpora del mundo. La imagen: un instante que se dilata y se convierte en revelación y ejemplo. Este régimen paradójico de las pasiones del análisis hablan de un mapa equivoco de los objetos de fascinación y su relación con el tiempo.

#### 9. LA IMPACIENCIA

Atestiguamos en las imágenes contemporáneas una *estética de la figuración* que es una estética de lo *inmediato*: la paradoja de un presente absoluto sin actualidad. Una estética de la impaciencia domina esa propuesta de análisis que se satisface con el decaimiento precipitado de la imagen así como una estética de la demora se advierte en el dominio de la operación analítica. El análisis *da su forma* a una condición contemporánea del saber, requiere también su inminencia. Esa condición que impone su inflexión a las certezas pasa sin embargo, inadvertida: el análisis difícilmente se vuelve reflexivo. Mientras encontramos un extraordinario fervor por los *actos de retorno* (simulacro de metalenguajes, metasistemas, metaenunciados, etc.), difícilmente encontraremos una inquietud por los *actos de pliegue*: esas *operaciones* por las que el lenguaje se vuelve sobre sí mismo engendra una interioridad momentánea que no remite a alguna certeza o refrenda una convicción, no adopta una explicación, ni insinúa una profundidad, no confirma la identidad de los perfi-

les; el acto de pliegue de los signos se sustenta sobre una invención de la potencia del lenguaje, el único sentido radical de la *operación analítica*.

La estética contemporánea de la imagen rebusa esta formación de pliegues, se basa en una radical modalidad del simulacro del acto de retorno: la *deixis* como metalenguaje, la imagen como un metasistema.

#### III. LA ANALÍTICA COMO FINITUD Y EL RÉGIMEN DE CRUELDAD

Para Kant «la Lógica general descompone (*lösen*), pues, en sus elementos, toda operación (*Geschäft*) formal del entendimiento y de la razón y los presenta como principios de todo juicio lógico de nuestro conocimiento;»<sup>10</sup> el nombre de esta lógica marca el trayecto genealógico de una operación. «Analítica». Esta convergencia entre lógica y análisis encubre una tensión más íntima, una operación de destrucción —más adelante Kant designará la operación llevada a cabo por la Lógica no como una disolución, disgregación (*lösen*), sino como un "desmembramiento" (*zergliederung*)— que ha fundado mítica-mente la otra cara de una tentación: la resistencia al acto, a la operación analítica.

Al entendimiento —escribe Schiller— le es necesario desgraciadamente destruir primero el sentido interior del objeto para poder apropiarse de él. Como el químico, el filósofo sólo descubre el enlace entre los elementos mediante la disolución, y sólo llega a comprender la obra de la naturaleza espontánea mediante tortuosos procedimientos. Para captar los fenómenos fugaces, se ve obligado a someterlos con cadenas de reglas, a desmembrar sus bellos cuerpos en conceptos y a conservar su vivo espíritu en un indigente

<sup>10</sup> Immanuel Kant, *Kritik der Reinen Vernunft, Werkkausgabe*, III, Frankfurt, Suhrkamp, 1974, p. 104 (Versión al castellano, Lusaña, Buenos Aires, traducción de José del Perro).

armazón de palabras. ¿Es entonces extraño que el sentimiento natural no pueda reconocerse en una imagen semejante, y que la verdad aparezca como una paradoja en las exposiciones de quienes analizan?<sup>11</sup>

Schiller señala dos momentos del análisis: destrucción y apropiación, «captación» de la fugacidad y su sometimiento a cadenas de reglas, «desmembramientos» y su reducción a un «indigente armazón de palabras»; el momento de la destrucción y el del surgimiento de simulacro de restauración de la identidad, el de la operación analítica y el de su «reparación». La naturaleza agónica de los tiempos en el análisis, obedece a una sucesión: primero la sensación, primero esta *aprehensión destructiva*, después el análisis. El análisis es la suplantación de esa materia primaria en disolución por una evidencia. El análisis surge como una reminiscencia de la conjugación y la potencia de las emociones, pero también es una reminiscencia del *acto* fundante del análisis: la fractura de la unidad virtual de la sensación en un espectro de diferentes sensaciones. La multiplicación de la fuerza primordial que conlleva la experiencia de lo bello y los residuos del desmembramiento: esa otra belleza, la de la diferenciación de la experiencia. Al estremecimiento difuso de la disgregación de las sensaciones, surgida de la *operación*, del *acto* analítico, se opone un placer más firme, el del simulacro de la identidad: a la potencia de la destrucción del fantasma de la unidad de la sensación se opone el dominio narcísista de la invención de las identidades del objeto percibido y de la percepción. El análisis produce una evidencia dual, un doble consuelo: una evidencia, la unidad de objeto y de sujeto. Los perfiles de ambas evidencias se confunden, se borran; también los placeres que surgen con ellas se conjugan. No obstante, la tensión irreduc-

<sup>11</sup> Friedrich Schiller, *Kallias: Cartas sobre la educación estética del hombre*, Madrid, Anthropos, 1990, p. 115.

tible entre los dos momentos reconocidos por Schiller no puede ser resuelta, ni dar lugar a una nueva síntesis: no se transige en ese dualismo. Sólo el olvido del momento destructivo, de la operación misma del análisis allenta el reposo; olvidar la operación analítica para complacerse en el momento de la unidad, en el desenlace del análisis, en el simulacro de síntesis.

Benjamin ha formulado ya ese estremecimiento incierto de ese primer momento de tensión, ese instante de desencadenamiento del *acto*, de la *operación* analítica, que marca lo que llamó el «carácter destructivo»:

El carácter destructivo conoce sólo una palabra: abrir campo; sólo una acción, despejar. Su necesidad de aire fresco y espacio libre son más fuertes que cualquier odio.<sup>12</sup>

Sin embargo, un presupuesto —la indiferencia— que perturba la operación analítica, la aleja del puro *acto* destructivo. Benjamin continúa:

...no gravita sobre el carácter destructivo imagen alguna. Tiene pocas necesidades, y sería para él lo de menos saber qué es lo que surgirá en el lugar de lo destruido. En primer lugar, por lo menos durante un instante, el espacio vacío, el lugar donde la cosa existió, donde vivió la ofrenda. Ya encontrará alguno que lo requiera, aun sin ocuparlo.<sup>13</sup>

La operación analítica se arraiga en el engendramiento de esa diferencia que lo separa apenas del vacío pero que lo aparta drásticamente de la destrucción. La destrucción es repentina, la operación analítica toma su tiempo en el engendramiento de la diferencia, este tiempo ínfimo, quizá sea el umbral a partir del cual la destrucción abandona el *acto* analítico. Esta «medida»

<sup>12</sup> Walter Benjamin, «Der destruktive Charakter», en *Illuminationen*, Frankfurt, Suhrkamp, 1977, p. 289.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 289.

lo preserva del "carácter destructivo". La destrucción es indiferente a la diseminación, finca su fascinación en el vacío. La operación analítica disemina, disgrega. Está más arraigada en la preservación de una necesidad: está dominada por la imagen de un destino, la multiplicación. Está más cerca de lo que Artaud llamó *la crueldad*. Una inclinación ajena al vacío o al puro desmembramiento. La operación analítica es ese acto inscrito en el intersticio que separa la destrucción por el vacío de la destrucción por la plenitud, que separa la desaparición del reposo, que separa la inexistencia de la "felicidad de las piedras" (Camus). El análisis se detiene ante el borde de la crueldad, la operación analítica es la crueldad misma. La crueldad podría parecer la exacerbación del acto analítico. Artaud, en una carta a Jean Paulhan, lleva la noción de crueldad hasta el fondo de su vertiente abstracta:

Se puede muy bien imaginar una crueldad pura, sin desgarramiento carnal. Y además, filosóficamente hablando, ¿qué es la crueldad? Desde el punto de vista del espíritu, crueldad significa rigor, aplicación y decisión implacable, determinación irreversible, absoluta... Hay en la crueldad que se ejerce una especie de determinismo superior al que el verdugo encargado del suplicio está en sí mismo sometido y debe tener la *determinación*, llegado el caso, de soportarlo. La crueldad es ante todo lúcida, es una especie de determinación rígida, la sumisión a la necesidad. No hay crueldad sin conciencia, sin una especie de conciencia aplicada. *Es lo que da al ejercicio de todo acto de vida su color de sangre, su cargo cruel, puesto que se sabe que la vida es siempre la muerte de alguien.*"

Artaud insinúa un desplazamiento: de la razón a la lucidez. La lucidez está al margen del reposo, carece

<sup>18</sup> Antoine Artaud, *Le théâtre et son double*, Paris, Gallimard, 1964, pp. 158-159.

del consuelo de la certeza. De ahí que la crueldad presuponga de manera ineludible la lucidez. La crueldad como bifurcación paradójica de la vida. Esta bifurcación, esta contradicción irresoluble revela la fuerza de la necesidad: ese imperativo inflexible disloca el juego de los bordes, de las categorías. La necesidad se impone sobre la exigencia de una nitidez en la aprehensión. La lucidez adquiere en Artaud un sentido inquietante: se toca con el abandono. Abandonarse a un «determinismo absoluto», a este advenimiento de la bifurcación, esa conjunción de voluntad y abandono que surge de esa "decisión implacable", irrevocable de abandonarse. La naturaleza de ese vínculo es precisamente la tensión infatigable del acto analítico: lo *implacable*. El despliegue de esa fuerza cuyo destino es extinguirse con su objeto, con su finalidad, para hacer vivir en lo heterogéneo la fuerza productiva misma. Lo implacable aparece en esa fusión entre la fuerza y su objeto, la fuerza con su finalidad: esa doble polaridad de la fusión hace de lo implacable el punto donde se conjuntan a su vez el «determinismo absoluto»<sup>19</sup> y el incalculable y necesario advenimiento de lo otro. Esa tensión en apariencia contradictoria entre la voluntad y la obediencia: ese punto de tensión, ese lazo inquietante se arraiga en una *apropiación* de la necesidad.

El vínculo entre operación analítica y crueldad pone en escena la intensidad subyacente de otro desplazamiento: la crueldad se separa de la violencia y el dolor. Se pasa de la lucidez como condición del acto analítico, lo implacable, a la clausura de la experiencia en la exaltación de la razón en la experiencia de Sade. En Sade culmina la pasión racional desplegada por el Iluminismo. Se ha equiparado incansablemente la fuerza

<sup>19</sup> Ya Gilles Deleuze, en *Diferencia y repetición*, llamó la atención sobre esta extraña paradoja que lleva el determinismo a la imagen de causa primera que alberga en sí una distancia, un extrínsecismo: un determinismo no determinado que en esa articulación sin fundamentos oculta su conflicto: el determinismo absoluto como ese punto donde convergen lo determinado y lo indeterminado, para inventar «esa línea rigurosa, abstracta, que se alimenta del determinismo» (1968, Paris, 1968, p. 44).

del impulso racionalista en Sade con la propuesta de Kant. No obstante hay una diferencia esencial. En este punto, Kant ofrece una concepción del placer que elude la caída en un desenlace sádico. La analítica kantiana no sólo se distancia de la inercia de Sade; asume en su concepción del placer una fractura de la Analítica: un espacio de indeterminación, un punto de fuga que Sade está imposibilitado de percibir. A pesar de compartir acaso el mismo régimen de la pasión analítica, el trayecto de Sade es extraño a Kant, es su exacerbación, la clausura de los puntos de hundimiento de la analítica. Sade anticipa las pasiones analíticas de la modernidad.

La «analítica» ha experimentado un desarraigo incessante desde su entronización, desde Kant. Ese desarraigo es el que acompaña el primer momento de la «analítica», ese momento de una tensión entre la «analítica trascendental» y el régimen de análisis de las facultades, la imagen de su tripartición fundamental: la facultad de conocer, de desear, o de experimentar el placer o el displacer. Separación y conjunción: gesto de diferenciación y al mismo tiempo de articulación de estos órdenes diferenciales. Bajo la separación de las facultades yace, sin embargo, la noción de sistema, la imagen de una conjunción que preserva y articula los juegos diferenciales, atenúa la desazón de la autonomía de las facultades. Se constituye en la única garantía ante la sospecha de desmembramiento o de disturbio recíproco.

Esa distorsión del sistema y su radical preservación emerge en el espectro de Sade, que comparte con Kant esa «pobreza iluminista de la experiencia» manifiesta en la absoluta devoción a la presencia como condición rectora de las sensaciones y el vínculo absoluto de éstas como condición de verdad. No obstante, se advierte una metamorfosis entre ambos universos. El deslizamiento de Kant a Sade se produce en una doble metamorfosis: el objeto en Kant es suplantado por la corporalidad; podría formularse una correspondencia entre la «cosa-en-sí» kantiana y cuerpo objeto de la manipu-

lación perversa en Sade. El placer kantiano radica en un tránsito: «entre la facultad de conocer y la facultad de desear está el sentimiento de placer, así como entre el entendimiento y la razón está el Juicio»; para Sade, escribe Deleuze, la exaltación sádica surge de la Idea del Mal, un desapego respecto del objeto, una violencia impuesta a su fisonomía, una interpretación que se antepone a su presencia y con la cual se invierte su sentido. Una negación peculiar que es no un tránsito sino una repulsa del objeto, de la interrogación. Es el abandono de toda operación analítica. Y, no obstante, el sadismo se despliega como la culminación del análisis: esa distancia «analítica» esa frialdad, la *apatía* del sadismo. Para Deleuze,

...de esta apatía se desprende un placer intenso; pero en el límite, no es ya el placer de un Yo (Moi) que participa en una naturaleza segunda (aunque fuera un Yo criminal que participa en una naturaleza criminal), es por el contrario el placer de negar la naturaleza en mí y fuera de mí, y de negar el propio Yo (Moi). En una palabra, es el placer de la demostración.<sup>16</sup>

La capacidad de tránsito del orden del conocimiento al de la práctica en Kant, ese lugar privilegiado del placer, se ha transformado en Sade en el placer de la demostración, en sus tiempos, en sus análisis: de ahí quizá ese revulsivo apego de Sade a la estampa. El lugar intermedio del placer kantiano marca entonces una doble finitud que se prolongará en el simulacro sádico: los límites de la libertad y del conocimiento. Sólo que en Sade la distancia se ha extinguido: ambas coinciden. El placer emerge de la demostración de que el goce es una ley, una necesidad. El placer no puede ser experimentado sino como una singularidad, el tránsito inquietante entre los márgenes del conocimiento y los márgenes

<sup>16</sup> Gilles Deleuze, *Présentation de Sacher-Masoch*, Paris, Minuit, 1987, p. 27.



nes de la libertad, en esa zona estremecedora que lleva del margen de uno al otro y simultáneamente como estremecimiento que los alcanza en un momento de una comunidad imposible. El placer kantiano admite entonces ese orden del placer sin objeto propiamente dicho. El placer de una errancia de la representación, de una aprehensión que arraiga en la sensación pero que desmiente el orden analítico, para reconocerse en los límites fraguados por la forma del objeto percibido. El placer kantiano, estético, ofrece una vía radical al tedio de la monotonía demostrativa de Sade: el tiempo de una operación reclama en su demora una significación siempre móvil, errante, del placer.

El placer en Sade se trastoca en una ejemplar experiencia iluminista: *una experiencia arraigada en un cuerpo formal, el cuerpo de Sade está capturado en su universo norñado, un cuerpo regular, un cuerpo conducido por la exigencia de abandono, un cuerpo que ha rehusado la vigencia de sus límites físicos para entregarse al vértigo de convertirse en materia analítica de su forma como objeto de placer, ahí donde se toca con un goce ilimitado de un cuerpo vacío, con una irrelevancia de las sensaciones: manipular los objetos, penetrarlos, desfigurarlos, transfigurarlos en una mutación gradual, en una taxonomía progresiva cuya culminación es la inversión de la norma jurídica.* Si admitimos, con Thierry Marchais, que la máxima de Sade podría formularse como «Yo tengo derecho a gozar»,<sup>17</sup> la figura de la autonomía de las facultades —la facultad de conocer, la facultad de desear, el sentimiento de placer— y su alianza o su autonomía, se desfiguran; y sin embargo, algo del riesgo analítico de Kant se preserva, pero profundamente desvirtuado. Vacila también el imperativo y la vigencia de la finitud como criterio rector del orden analítico.

<sup>17</sup> Thierry Marchais, «Kant avec Sade?», en *Ornicar?*, París, Erès, 1982, p. 7. A pesar de la inflexión asustadamente lacónica del concepto de goce en el texto citado, tomamos simplemente un texto que consideramos pertinente en el universo discursivo de Sade: su evocación sobre las paradojas de la universal analítica de los límites en la «composición sintética de los cuerpos» en la *experiencia analítica*.

Si el orden jurídico, como lo ha mostrado Deleuze, es la puesta en juego radical de la negación, es decir, del límite, toda la apuesta sadiana, su forma particular de la ofensa, de la violación, de la violencia sin lucidez —es decir, sin crueldad— obedece a dos negaciones primarias: la negación radical de las sensaciones del cuerpo, de su intensidad, de su estremecimiento singular; y por otra parte, la negación inherente a la exigencia de la forma. La preversión en Sade es sólo la obsesiva composición formal de los cuerpos. El análisis entendido como una composición *jurídica* de la experiencia del goce: el derecho al goce sadiano es el derecho a la radical naturalidad de la destrucción del otro mediante el goce.

## 11. VIOLENCIA Y ANÁLISIS

Una convicción impulsa intimamente el análisis: la estrecha alianza entre la exclusividad y el privilegio de una lógica y la de un procedimiento óptimo para la eficacia analítica. Análisis y lógica se conjuntan. Este vínculo devuelve a la exclusión un territorio propio, firme; un dualismo de los enclaves, de las tolerancias, un interior y un exterior, la tranquilidad de un deslinde entre evidencia y error, entre lo admisible y lo reproducible. El análisis parece garantizar pretensiones sin fundamentos: la exclusión del secreto y la visibilidad plena de un objeto, la amplitud comprehensiva de las taxonomías, la justeza y la complementariedad de las dualidades.

Una alianza adicional se desprende de este vínculo primario entre una lógica y los procedimientos del análisis: la aspiración al control como *ejercicio instrumental, corpóreo, eficiente, del análisis*. No hay control sin la invención de una distinción analítica entre las modalidades del hacer: las taxonomías del hacer. Las competencias del análisis como potencia —un saber-hacer, un poder-hacer, querer-hacer—, o bien, aquellas que

acarrear un análisis como imperativo, como corrección: —hacer-saber, hacer-poder, hacer-querer. Esta doble estructura de ejercicio analítico del control, parece apenas suficiente para definirlo. Es preciso aún un rasgo más: las *competencias de la anticipación*, los imperativos conjeturales, la amenaza, la promesa, el augurio, el cálculo, quiero decir una formalización y una presuposición de causalidad, una imaginación prospectiva; la demostración de un efecto que advendrá desde los actos analizados, presentes, una certeza.

Esas modalidades de la competencia analítica sustentan su eficacia política sobre la incierta certidumbre de un contrato. El control hace patente, sin embargo, la tensión inherente al contrato que lo funda: una certeza de los límites del control, una profunda convicción en su ineficacia. El control contempla entonces su propia exterioridad, su impulso es siempre interior y exterior a sí mismo: controlar la esfera que lo funda y anticipar su propia derrota, hacer posibles las operaciones que permitan reparar su fracaso. Controlar su propia incapacidad de control. El control adquiere entonces esa ambivalencia ese dualismo enloquecedor, esa presión a su propio dislocamiento, a la amplitud de su universo, a acrecentar la vastedad de sus objetos, de su atención. El control exige siempre un acrecentamiento de su esfera, una expectación: la certeza de su fractura y la ampliación de su universo se alimentan mutuamente. La incertidumbre se arraiga en la convicción de su ineficacia y ésta se consolida con el apetito de totalidad.

El análisis funda esa convicción del virtual fracaso del control. El pronóstico de la catástrofe lleva a la invención de una seguridad: pero el movimiento revolvente del análisis que se fija sobre el temor a su insuficiencia reclama siempre una reiteración cada vez más comprensiva del universo del control. Pero la acumulación de control produce a su vez efectos incontrolables: factores ajenos al análisis aunque surgidos de éste; inadmisibles en su esfera pero engendrados en sus propios objetos, en sus mismas operaciones. La incertidumbre

inherente al análisis, esa erosión de la voracidad comprensiva del control convoca un acto: la violencia, el asedio absoluto de la falibilidad del análisis, de la derrota del control. Esa voluntad de control que se vuelve hacia su entorno sólo tiene una garantía: la violencia.

El contrato se convierte en el fundamento y espectáculo que funda la violencia sobre la universalidad del control. El contrato se fundamenta en una analítica de las potencias, en una contraposición maniaca de dualismos. Esos dualismos analíticos se apuntalan en dos figuras cardinales: el peligro —es decir, la amenaza, cuyo fundamento en última instancia no puede ser otro que la muerte— y la seguridad (nacional, individual, regional, económica, etc.).

Peligro y seguridad: dos figuras de la finitud, dos figuras en una forma del ejercicio político de la «analítica de la finitud». Si, como quería Benjamín, la violencia revela una dualidad fundante, dos naturalezas, una que anticipa una legalidad por venir y otra que confirma la vigencia de un orden actual —la violencia que desmiente y la que preserva una regulación imperante—, entonces la sola aparición de la violencia anticipatoria, aun como amago o como insinuación, erasmia el momento del hundimiento de lo establecido; demuestra la fractura del control, revela la falibilidad del análisis, revela el vértice donde se cristaliza la extinción de lo vigente. Pero ese allanamiento de lo vigente anunciado en el repunte de la violencia anticipatoria demuestra una esfera exterior al control y despliega las imágenes que revelan una extinción virtual no sólo de lo atestiguable sino también de su historia, de sus tiempos: es un paisaje de la desolación —como el contemplado por el *Angelus Novus* de Klee que tanto estremeció a Benjamín—, una imaginación figurativa, una invención proyectada sobre la horadación que suscita el fantasma. La violencia anticipatoria despliega entonces ese fantasma de las devastaciones: deseo y ejercicio de la potencia real de destrucción se confunden en ese despoje de la violencia anticipatoria.

La violencia que anticipa un orden señala pues un límite: el solo surgimiento de la violencia virtual, la sola imagen de lo que advendrá está ya señalando lo inminente del hundimiento de la seguridad moral, de la solidez de lo jurídico, de la potencia plena del imperativo de la norma. El orden virtual es siempre algo ajeno, marginal, toma el lugar de una gravedad irregular, excéntrica, irrecuperable, se confunde con lo amenazante, esa violencia ampara toda la desazón del peligro. Ese peligro revela entonces, nuevamente, la implantación dual de la finitud: una presencia externa que revela los márgenes que perfilan lo admisible; y la fuerza de esa presencia se propaga en una convicción de los límites internos de lo vivido, de lo calculable. Un vacío, insinúa Benjamín, separa ambas violencias y esa diferencia, lo que funda el *sentido mismo de la violencia*. Esa diferencia señala una bifurcación de la espera, de la expectación de lo violento, prepara su aceptación: cultiva una condescendencia, una sumisión a la destrucción pura, al vacío, la presencia de la muerte.

El peligro y la soledad, resonancias de la convicción en la finitud del análisis, se confunden en la anticipación de la muerte: la muerte reclama un tiempo para su purificación. Los muertos son obscenos, acarrean una soledad intrínseca. Hay algo insoportable en la realización final de esa necesidad: el despliegue límite de la crueldad, el reino de un umbral franqueado necesariamente en sus alcances más extremos. La muerte socava todo fundamento taxonómico de la experiencia. El análisis construye a partir del dualismo entre el peligro y la seguridad, los signos de la *disuasión*. El olvido que impregna todo análisis se despliega como estrategia para conseguir un discurso de la disuasión, de la fatalidad, un destino arraigado en la intimidad de la violencia. La disuasión<sup>10</sup> traza un juego de vínculos, es el nombre de un cálculo: una estrategia que atribuye a la

vacuidad de los límites una congruencia, una genealogía, una causalidad. La disuasión es la culminación del análisis como metáfora de lo invariante, como fabulación de la plenitud; el análisis abandona el objeto para refrendarse como acto puro, a la vez promesa y consuelo, el triunfo de la violencia imperceptible de una racionalidad fundada sobre el simulacro del análisis y la insignificancia del acto analítico.

El análisis, su proliferación, son no un ejercicio de olvido, sino una incorporación del olvido. Los innumerables análisis, su secuencia ininterrumpida, su saturación, su indiferencia, son por la fijeza de su monotonía, por su desvirtuación de la destrucción, por su avidez por la cristalización de lo insignificante, una negación particular del olvido: su conjuro. Sería preciso quizá devolver el análisis a su sustrato: a su operación, a su acto. Acto ritual, augurio, no la reiteración de convicciones, de significados, sino la producción de una diversidad en acto. Lo exorbitante del universo analítico, de los deslizamientos, de las tensiones exalta, paradójicamente, una única alternativa: el estremecimiento de la diferencia, de su engendramiento. La operación analítica oblicua, "negativa", la llamaría quizá Barthes, aquella que se reduce al olvido de un sentido o de la voluntad de engendrarlo; la operación analítica como *acto* es pues el ínfimo arsenal de un conjunto de operaciones discernibles, apenas invención o composición, una zona de tránsito que alienta la exaltación de la frase o su fractura, su abandono: un pliegue incesante del lenguaje desde la fuerza del malentendido. El acto analítico no tiene objeto, podría decirse de su tentativa lo que Barthes afirmó alguna vez de los afanes de la semiótica negativa: una recuperación de los actos de desposesión, de despojo, de despoder.

México, D. F., julio de 1993

<sup>10</sup> Ver, para un notable acercamiento a la persuasión, el texto de Michel McCloskey, "Machiavel et les paradoxes de la dissuasion", en *Traceries*, núm. 34-35, París, Centre Georges Pompidou, 1985, pp. 123-135.